

EL SALUDO

Pasaron, dejando tras ellos una nube de polvo. Los cabellos se veían tras la ventanilla; parecían plumas que iniciaran movimiento sin vuelo.

Ocurrió una de tantas tardes, durante el paseo habitual por la carretera de las encinas, que más bien parece un camino vecinal que una carretera de tercer orden, y que desemboca en la general. La elegí por estas razones; trataba de hallar un lugar tranquilo. Al pisar aquella tierra, mis pies sentían el gozo de levantar pequeños remolinos de polvo. Al menos una vez por semana, necesitaba esta soledad; con ello acopiaba fuerzas. Durante el tiempo dedicado al descanso, procuraba desechar la presencia de cualquier problema, por interesante que pareciera; quería evitar su zozobra. De todos modos, cuanto ocurrió aquel día, fue inevitable y distinto.

Acababa de aparcar el automóvil, para iniciar mi paseo; me hallaba en la confluencia de las dos vías, cuando pasaron como una exhalación. No obstante, logré verles. Eran amigos; ellos también debieron verme, y no saludaron. De Luis siempre hubiera esperado una señal, al menos. Mi amistad con él se había puesto a prueba en varias ocasiones. Pensé que iría en la parte de atrás, junto a Zaín, el perro de Pablo. Hacía poco tiempo que nos habíamos encontrado; comentó que debía viajar a Villalino para terminar ciertos asuntos, pero de este viaje nada dijo. Sucedió en el Callejón de las Flores; pretendí invitarle a beber, pero respondió que tenía prisa. Estuvo cordial, como siempre; me comunicó incluso sus preocupaciones sobre los modos de actuar de José y Pablo. Nos despedimos; según su costumbre, tras avanzar unos pasos, volvió la cabeza, y, levantando la mano, repitió el saludo; sonrió. Hice lo propio y respiré satisfecho. Aquellos y estos hechos no guardan relación.



Los proyectos de descanso se derrumbaron. Volví sobre lo andado, y, sin conservar idea exacta de los hechos, me encontré apretando el acelerador del automóvil. Debí llegar a mi casa antes de lo acostumbrado. María, mi mujer, se sorprendió. Sin atreverse a indagar, quiso saber de mí. "¿Ha llamado alguien?" —pregunté. "No. ¿Por qué lo dices?" ... "Por saber simplemente" ... Sonó el timbre de la puerta. "¿Qué es?" —pregunté con cierta indecisión. "Un telegrama para ti" —respondió María. Lo abrí con inquietud; pude leer: "MAÑANA CUATRO TARDE LLEGARA SECRETARIO GENERAL R.A.S." Arrugué el papel entre las manos, e, intentando serenar las ideas, recordé que yo era el director de la empresa, y debía preocuparme de este hecho. Me dolía la cabeza; un gran vacío me impedía pensar. Reaccioné como pude. Necesitaba llamar primeramente por teléfono, tenía que hacerlo. Decidí empezar por José, seguir por Pablo, y concluir por Luis. Empecé a marcar números... De nuevo llamaron a la puerta; me apresuré a abrir, abandonando el teléfono. Era Luis, que tras breves instantes, dijo: "José y Pablo han muerto; los encontraron en el kilómetro siete de la carretera general"... No le dejé concluir; le pedí que entrase. Me dirigí a María, la besé; me miró con asombro, como extrañada. Luis salió; bajamos silenciosamente la escalera. El dolor de cabeza había desaparecido; me hallaba tranquilo. También Luis me observó con fijeza: algo no común debía revelarse en mí.

